Bosquejos de los mensajes
para el entrenamiento de tiempo completo
del semestre de primavera del 2006

TEMA GENERAL: CONOCER Y EXPERIMENTAR LA CONSTITUCIÓN INTRÍNSECA DEL EDIFICIO DE DIOS

Mensaje siete

El Cristo resucitado es el Espíritu vivificante y, como tal, Él es las misericordias firmes manifestadas a David y Aquel que tiene la llave de David para abrir la puerta del lugar donde se guardan todos los tesoros de Dios con miras a la edificación de la iglesia como casa de Dios y reino de Dios

Lectura bíblica: 2 S. 7:12-14a; Is. 55:1-11; Hch. 13:33-35; Ap. 3:7-8

I. La simiente de David que llega a ser el Hijo de Dios para la edificación de la iglesia como casa de Dios y reino de Dios constituye la totalidad de la economía eterna de Dios—2 S. 7:12-14a:

A. El Señor de David en Su divinidad, la Raíz de David, se encarnó para llegar a ser el hijo de David, el linaje de David, en Su humanidad, y así ser el postrer Adán; y el postrer Adán, el hijo de David, resucitó para llegar a ser el Hijo primogénito de Dios y el Espíritu vivificante, un descendiente transfigurado de David, quien es impartido a nuestro ser para hacer de nosotros los muchos hijos de Dios—Mt. 22:41-46; Ap. 22:16; Jn. 1:14; 1 Co. 15:45; Jn. 12:24; Ro. 8:28-29; Hch. 13:33.

B. El Espíritu vivificante es el Cristo resucitado, Aquel que es mayor que Salomón y que mora en nosotros; como Aquel que es mayor que Salomón, Él es las misericordias firmes manifestadas a David, la realidad del pacto eterno de Dios cuya finalidad es la edificación de la iglesia como casa de Dios y reino de Dios—Mt. 12:42; 2 S. 7:12-14a; Hch. 13:33-34; Is. 55:3; 42:6.

C. El Señor de David llegó a ser el hijo de David a fin de efectuar la redención jurídica de Dios; este hijo de David (la simiente de David), llegó a ser el Hijo primogénito de Dios quien, como Espíritu vivificante, lleva a cabo la salvación orgánica de Dios:

1. El Señor de David se encarnó para llegar a ser el hijo de David y, como tal, reconciliarnos con Dios mediante Su muerte; el hijo de David resucitó para llegar a ser el Hijo primogénito de Dios quien, como Espíritu vivificante, nos salva en Su vida—Ro. 5:10.
2. Estamos siendo salvos en Su vida para ser deificados a fin de que Dios sea expresado; además, reinamos en la vida divina para ser victoriosos a fin de que el señorío de Dios sea ejercido—vs. 10, 17.
3. Esta salvación orgánica se produce en el Cuerpo y contribuye a la edificación del Cuerpo en las iglesias locales con miras a dar consumación a la Nueva Jerusalén como ciudad de vida y como la máxima consumación de Dios, quien se hizo hombre para que el hombre llegase a ser Dios en vida y naturaleza mas no en la Deidad—Gn. 1:26; Ap. 21:2.

II. Cristo, la simiente de David, fue engendrado mediante Su resurrección para llegar a ser el Hijo primogénito de Dios y el Espíritu vivificante; y como tal, Él es las misericordias firmes manifestadas a David—Hch. 13:33-35; Is. 55:3-4:

A. En Hechos 13:34 Pablo interpreta las misericordias firmes de Dios (hebreo: *chesed*), mencionadas en Isaías 55:3, como "las cosas santas y fieles de David", y en Hch. 13:33 y 35 él indica que estas cosas son el propio Cristo resucitado quien es tanto el Hijo primogénito de Dios como el Santo.

B. Esta interpretación es corroborada por Isaías 55:4 que nos revela que las misericordias firmes no son otra cosa que Cristo mismo como Testigo, Jefe y Maestro a las naciones.

C. El Cristo resucitado como la simiente de David (Ro. 1:3-4) es las misericordias firmes de Dios manifestadas a David mediante María, quien era descendiente de David y madre de Cristo (Mt. 1:16), a fin de que Dios mismo sea impartido a todos Sus creyentes (1 Co. 15:45).

D. Él es las misericordias y las bendiciones, "las cosas santas y fieles", la gran dádiva que Dios nos da, el pacto eterno con todas las riquezas inescrutables de Dios, lo cual llega a ser para nosotros nuestra gracia todo-inclusiva—Is. 42:6; 1 Co. 1:9; cfr. Hch. 13:43.

III. Cuando Cristo como simiente de David llegó a ser el Hijo primogénito de Dios como Espíritu vivificante en resurrección, Él llegó a ser las misericordias firmes de Dios, el pacto eterno de Dios; aunque "no tenemos dinero", podemos acudir al Señor para "comprar" de Él y disfrutar de todo lo que Él es—Is. 55:1:

A. Esto muestra que el precio requerido para disfrutar del Señor no es lo que podamos tener, sino lo que somos; así pues, tenemos que entregar nuestro ser al Señor—v. 3; Ap. 3:18-20.

B. Cuando nos damos cuenta de que estamos en absoluta bancarrota, de que no somos nada, que nada tenemos y nada podemos hacer y de que, incluso, somos peores que la nada misma, entonces retornaremos a nuestro Dios en busca de Su abundante compasión y perdón, y nos le entregaremos, buscándole a Él mismo e invocándole, a fin de beberle como nuestra agua viva, vino nuevo y leche espiritual, y a fin de comerle como nuestro pan espiritual y disfrutar de Su palabra como la lluvia y nieve celestial—Is. 55:1-11.

C. En Salmos 51:1 David oró: "Ten misericordia de mí, oh Dios, conforme a Tu benignidad (en hebreo: *chesed*); / Conforme a lo inmenso de Tus compasiones borra mis transgresiones"—vs. 2, 6-12, 17-18; cfr. 59:16-17:

1. Disfrutar de Cristo como las misericordias firmes de Dios es disfrutarle como la fuente de sangre para el pecado y para impureza, y como la fuente de agua viva para deificación y purificación—Zac. 13:1; Is. 55:1, 7; Jer. 2:13.
2. Podemos escondernos en el Cristo crucificado (el verdadero David), tipificado por el altar del holocausto, tomando a este Cristo que está absolutamente consagrado a Dios como nuestro refugio; y podemos descansar en Aquel que es el Cristo resucitado y ascendido (Aquel que es mayor que Salomón), tomando al Cristo que intercede por nosotros —tipificado por el altar del incienso— como nuestro hogar; todo ello por el bien de los intereses de la economía de Dios a fin de ser introducidos en el Lugar Santísimo y llegar a ser la santa ciudad—Sal. 84:3; 43:4a; Cnt. 2:8-9, 14; 1 R. 8:48; Ap. 21:2.

IV. El pacto eterno de Dios, Su nuevo pacto, es el Cristo resucitado como "el Espíritu", el Espíritu todo-inclusivo, el Espíritu compuesto, las misericordias firmes de Dios, quien hace posible que nosotros vivamos y magnifiquemos a Cristo en pro del edificio de Dios—Is. 42:6; 2 Co. 3:6, 8; Jn. 7:37-39; Fil. 1:19-21a; Éx. 30:23-25; He. 8:8-12:

A. Nuestro espíritu es "la cuenta de banco" donde se hallan todos los legados que el nuevo pacto nos otorga; es por la ley del Espíritu de vida que todos estos legados son impartidos a nuestro ser y son hechos reales para nosotros—Ro. 8:2, 10, 6, 11, 16; He. 8:10; Jn. 16:13:

1. Es en nuestro espíritu que contamos con la presencia de Dios, recibimos las palabras de Dios, nos reunimos con Dios y recibimos la impartición de Dios mediante Su operación como la ley de la vida divina que imparte el Ser mismo de Dios a todas nuestras partes internas—He. 8:10.
2. El Señor da a conocer Su pacto a quienes le temen, y Él mismo se imparte como la realidad inescrutable de Su pacto a quienes le aman—Sal. 25:14; Is. 11:2-3a; 1 Co. 2:9; Éx. 21:1-6.
3. Cristo, como el nuevo pacto, es nuestra porción, nuestra copa de salvación y nuestra copa de bendición; podemos beberle como nuestra salvación y bendición al invocar Su precioso nombre—Lc. 22:20; Sal. 16:5; 23:5; 116:13; 1 Co. 10:16a.
4. "Las aguas" mencionadas en Isaías 55:1 representan al Espíritu vivificante como el pacto eterno y como las misericordias firmes manifestadas a David; el hecho de que hay "aguas"

revela que Dios puede ser disfrutado no solamente en un aspecto, sino en muchos aspectos mediante nuestra práctica continua de beber de Él—1 Co. 12:13; Jn. 7:38; Jer. 2:13.

B. En Salmos 104:15 se describe al Cristo resucitado como las misericordias firmes de Dios: Su incomparable amor que nos constriñe como vino que nos alegra (Cnt. 1:2; 2 Co. 5:14), Su Espíritu que nos satura nos llena como el combustible que nos hace resplandecer con luz (Ef. 5:18; Éx. 27:20; cfr. Mt. 25:8-9), y Su pan que desciende del cielo es ingerido por nosotros como el suministro que nos sustenta capacitándonos para llevar una vida celestial sobre la tierra (Jn. 6:57-58).

V. Cristo como Mayordomo de la casa de Dios es Aquel sobre cuyos hombros ha sido puesta la llave (del lugar donde se guardan los tesoros) de la casa de Dios (tipificada por la casa de David cuya finalidad fue la edificación del reino de Dios)—Is. 22:15, 21-22; Ap. 3:7; cfr. Lc. 11:52; Mal. 2:7-8:

A. Dios despidió a Sebna, un mayordomo en la casa del rey (Is. 22:15-19), y lo reemplazó con Eliaquim, quien tipifica a Cristo (vs. 20-24; Ap. 3:7); esto revela que Dios eliminó a todos en la cruz y los reemplaza con Cristo:

1. Cuando Dios nos creó, Él nos contrató, y cuando Él nos puso en la cruz, crucificándonos juntamente con Cristo, Él nos despidió—Gá. 2:20.
2. Por un lado, estamos despedidos, por otro, no hemos sido expulsados, debido a que Cristo viene a vivir en nuestro ser, con nosotros, por nosotros y por medio de nosotros—v. 20.
3. Dios desecha toda cosa o persona que no sea Cristo mismo; Dios reemplazó todo lo que pertenecía a Su economía del Antiguo Testamento con Cristo mismo—Mr. 1:1-8; Mt. 17:3-5; Col. 2:16-17; He. 10:5-10; 11:5-6.
4. La verdadera vida de iglesia es una vida en la que todos los santos han sido despedidos y son reemplazados con Cristo, con lo cual hacen que Cristo lo sea todo en la iglesia—Col. 3:10-11.

B. Cristo es quien tiene la llave de David, la llave del reino, con autoridad para abrir y cerrar: el Señor, por causa de Su mover, ha dado a la iglesia recobrada una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar—Ap. 3:7-8; Mt. 24:14:

1. Cristo tiene la llave de la puerta que da acceso al lugar donde están todos los tesoros de Dios, las riquezas de Dios en Cristo para nuestro deleite; en nuestra experiencia hemos comprobado que es Él quien nos da acceso a estas riquezas o nos niega el acceso a las mismas—Ef. 4:30; 1 Ts. 5:17; 1 Jn. 1:7, 9; cfr. Ez. 1:22; Dt. 28:23.
2. A fin de disfrutar de Sus riquezas como nuestro tesoro, es imprescindible que permanezcamos en contacto con el Señor, regidos por el sentir de la vida divina en nuestro ser, pobres en espíritu y puros de corazón—2 Co. 2:10; Ro. 8:6; 10:12-13; Col. 3:16; Mt. 5:3, 8.
3. La llave de David nos abre la puerta para que seamos transformados en una piedra blanca y edificados en la casa de Dios como columnas que tienen inscrito el nombre de Dios, el nombre de la Nueva Jerusalén y el nuevo nombre del Señor—Ap. 2:17; 3:12.
4. Que nosotros seamos edificados en Dios mismo, lleguemos a ser constituyentes de la Nueva Jerusalén y formemos parte del Cristo nuevo, es humanamente imposible; pero la ley del Espíritu de vida que opera en nuestro interior contiene un elemento capaz de superar tal imposibilidad—Ro. 8:2; Ap. 3:7-13; cfr. Gn. 28:12-19; Jn. 1:51.

C. A fin de disfrutar de Sus riquezas como nuestro tesoro, tenemos que aprender a hacer uso de las llaves que son: negarnos a nosotros mismos, tomar la cruz, y perder la vida de nuestra alma; todos nosotros somos "Sebnas" y, como tales, debemos ser quitados y reemplazados por Cristo a fin de que Él lo sea todo en nosotros y para nosotros y de que Él sea quien lo haga todo mediante nosotros y por nosotros—Is. 22:15-19; Mt. 16:24-25.

© 2006 Living Stream Ministry